
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

ORACION FUNEBRE

DEL

EXMO. E ILMO. SR. DR. D. JUAN JOSE ARBOLI Y ACASO,

OBISPO DE CADIZ Y ALGECIRAS

Y SENADOR DEL REINO,

QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS EN LA SANTA IGLESIA
CATEDRAL DE CÁDIZ
POR SU EXMO. CABILDO EL DIA 5 DE MARZO DE 1863

PRONUNCIÓ

EL SR. DR. D. FRANCISCO GARCIA CAMERO,
CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA MISMA STA. IGLESIA.

Se imprime con licencia de la autoridad eclesiástica.

CADIZ.

LIBRERIA DE EDUARDO GAUTIER,
CALLE DE S. FRANCISCO, NUM. 25.
1863.

CADIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,

CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.

1863.

✠

Cumque esset sapientissimus... docuit populum, quæsivit verba utilia, et conscripsit sermones rectissimos, et veritate plenos.

ECCLESIASTES CAP. 12, V. 9 ET 10.

Siendo muy sabio enseñó al pueblo, empleó palabras útiles, y escribió discursos muy rectos y llenos de verdad.

(1) EXCMOS. SEÑORES:

Ciertamente no deberia ser yo el que ocupase la Cátedra de la verdad en este dia, en que lloramos la pérdida de un hijo ilustre de esta ciudad; de un Maestro consumado en las ciencias divinas y humanas, que consagró su vida á difundirlas entre sus habitantes; de un Orador célebre, que levantando su voz elocuente desde este sitio, arrebataba y atraia á sus conciudadanos; de un Pastor celoso, que gobernó esta Iglesia con rectitud, que defendió sus derechos con valentía, que perfeccionó este templo con obras grandiosas y necesarias, y que infundió

(1) Cabildos Eclesiástico y secular.

en el clero su elevado espíritu de sabiduría; del justamente elogiado y profundamente sentido *Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Doctor Don Juan José Arbolí y Acaso, Obispo de Cádiz y Algeciras.*

Un hombre sabio no puede ser elogiado sino por otro hombre sabio, y aun es necesario para ello que posea la misma elocuencia, el mismo ingenio y la misma estension de conocimientos; ¿qué debereis, pues, esperar de mí, Ilustres Gaditanos, que pueda satisfacer vuestros deseos? Aun resuena en vuestros oidos aquella voz suave y sonora, que estendiéndose por todos los ángulos de esta grandiosa Basílica, tenia suspensas de sus lábios vuestras almas, é inmóviles vuestros cuerpos, sin que osáseis variar de posicion, no obstante las casi dos horas de tiempo, que consumia en sus profundos discursos, por no perder ni una sola de aquellas palabras de vida, que jamás llegaron á cansaros; ¿y me atreveré á formar su elogio? Mi presencia, señores, en este lugar es debida á la obligacion de mi ministerio; pero me anima la confianza, de que la grandeza del elogiado cubrirá la pequeñez del panegirista.

Bien sé, que no siempre adquieren los sabios los votos y alabanzas de todo el mundo. Muchas veces aplaude este con prodigalidad á los talentos agradables, cuando apenas se digna honrar á los útiles; y vemos con frecuencia que se alaba con entusiasmo al mérito que consigue agradar, al paso

que se mira con una fria indiferencia al que se aplica á instruir. Tampoco ignoro, que los hombres no siempre elogiamos aquello que mas admiramos, y que el varon insigne no lo es tanto por sus talentos, como por sus virtudes; pero cuando las virtudes adornan los talentos, y son como sus mas preciosos frutos; cuando la virtud hace, que las ciencias sean un bien verdadero dirigiéndolas á fines útiles, entonces el sabio, que era estéril asunto del aplauso, se convierte en un tierno objeto de amor y de respeto público; la envidia le perdona sus lucimientos, el género humano se consuela, y la religion se complace.

¿Qué puede, pues, impedirme el que aplique en este dia á nuestro difunto Obispo, aquel elogio que se hace de Salomon en el libro del Eclesiastes, y diga, «que siendo muy sabio predicó al pueblo, empleó palabras útiles, y escribió discursos muy rectos y llenos de verdad? *Cumque esset sapientissimus docuit populum, quæsivit verba utilia, et conscripsit sermones rectissimos et veritate plenos.* ¿Habrá alguno de entre vosotros, ni aun de los hombres mas sabios de nuestra España, que le conocieron y trataron, que pueda calificar de exagerado este elogio? Temo por el contrario, que se me acuse por alguno de escaso, y se me diga, que su fama no estaba encerrada dentro de los muros de su patria, que se extendia por toda la España; que al través de los mares habia pasado á nuevos

mundos: que era comunmente conocido por una de las glorias del Episcopado Español; que los sabios le consultaban, y admirados publicaban, como en otro tiempo la Reina de Sabá, al escuchar la sabiduría de Salomon, que su sabiduría y sus obras excedian á las ponderaciones de la fama; que la opinion pública le eleva al grado de hombre profundo en el saber; que... pero ¿qué puede ocultárseme cuando desde mi juventud no escuché mas que elogios á su sabiduría, y por mi fortuna he venido, he visto y he tocado, que no solo todo es muy justo, sino que su sabiduría y sus obras exceden á las ponderaciones de la fama?

Yo, pues, abrazaré en las palabras de mi tema el mas cumplido elogio, que debe hacerse de este varon eminente, y procuraré, ni disminuir su relevante mérito, ni ensalzarle con la adulacion, que tan agena es de este lugar, y de estas circunstancias. ¿Ni cómo me atreveria á hacerlo, cuando temo, que al comenzar el elogio, que voy trazando, se levante su venerable sombra, é imponiéndome silencio nos diga: «Yo no aprendí la sabiduría del mundo para grangearme elogios: toda ciencia es vanidad y afliccion de espíritu: yo no poseí otra sabiduría mas que la Cruz de Jesucristo, y ella fué siempre mi gloria y mi esperanza: á ella debí mis conocimientos: al pié de la Cruz adquirí mi celo por la honra de Dios y de su Iglesia: la Cruz me fortaleció en mis empresas: abrazado con ella tomé sobre mis

hombros el peso de mi grey: con ella entre mis brazos, la bendije en mi agonía. Elogia, me dice, elogia la sabiduría de esa Cruz, que sirve de escándalo para los Judíos, y se tiene por locura entre los gentiles é incrédulos; así llenarás tu ministerio.»

Pero descansad en paz, restos venerables; esas vuestras palabras, que resonaron muchas veces desde este sitio, me empeñan mas y mas en vuestro elogio. Vuestro incansable deseo de formar Sacerdotes instruidos en la ciencia de la Religion, y de educarlos en la escuela de la Cruz, es cabalmente lo que me estimula á presentaros como modelo digno de imitarse. Os elogiaré en fin, pero os tejeré un elogio cristiano, que sin ofender vuestra modestia, sirva de gloria á la Religion.

Lejos de mí recomendar esa ciencia, que ensoberbece, y que reprueba el Apóstol; no es de este lugar sino elogiar la ciencia de la Cruz, que es la que constituye al sabio cristiano; seria inoportuno inspirar la vanidad á la vista de los despojos de la muerte, y en las mismas circunstancias en que una voz muda y elocuente nos dice á todos: «Ved ahí en qué paran las grandezas y glorias del mundo; los honores no son mas, que títulos pomposos que el tiempo consume; la gloria y la reputacion se pierden en el abismo de un eterno olvido; todo lo arrastra esta rápida série de momentos, que pasan sin cesar; todo se pierde; todo se consume; todo se acaba; sola la memoria del justo es eterna; sola

la fama del sabio cristiano permanecerá entre las ruinas del universo, solamente el que enseñare esa doctrina, y obrare segun ella será grande en el Reino de los Cielos. *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.*

Penetrado de estas grandes verdades me propongo formar este elogio fúnebre, para honrar la memoria de un sabio, segun la Religion de Jesucristo. Él ejerció un constante Apostolado en su Iglesia consagrando toda su vida á la enseñanza de sus sublimes verdades; él formó el espíritu de la juventud con arreglo á las mas puras y santas máximas; él instruyó al pueblo con la mas sana doctrina, y gobernó en fin esta Diócesis con rectitud y sabiduría. *Cúm esset sapientissimus docuit populum; quæsivit verba utilia, et conscripsit sermones rectissimos, et veritate plenos.*

El ilustre Prelado, cuya memoria recordamos en este dia, y cuya pérdida lamentamos con dolor, llenó cumplidamente su ministerio, ya como Sacerdote cristiano, ya como Obispo de la Iglesia Católica: como Sacerdote consagró sus vigilias á la instruccion de la juventud y del pueblo, *docuit populum*: como Obispo defendió la verdad con valentía, usando de palabras agenas á la adulacion, y escribiendo libros y discursos enérgicos y llenos del espíritu de Dios; *quæsivit verba utilia, et conscripsit sermones rectissimos, et veritate plenos.* Ved aquí todo el plan de este discurso.

Poned, Señor, á mis labios aquel sello de prudencia, que en otro tiempo os pedia el Rey Profeta, para que nada diga en este lugar, que pueda creerse profano é indigno de la magestad que nos rodea; sea todo cimentado sobre la base sólida de las verdades Evangélicas, y dejemos al mundo esos elogios de vanidad, que desaparecen, mientras que se perpetúan los que llevan el sello de la religion, y que por lo mismo se fundan en la verdad.

PRIMERA PARTE.

Es costumbre observada, aun entre los oradores cristianos, comenzar esta clase de discursos con la relacion de los pomposos títulos, ilustres timbres, gloriosos blasones, y elevada cuna del que es objeto del elogio; mas aun cuando esto pueda permitirse con relacion á famosos capitanes, ilustres héroes, Reyes y Príncipes de la tierra, lo creo muy ageno de los Príncipes de la Iglesia, á cuya elevacion no son llamados con preferencia los grandes, sino los mas humildes, los mas sabios y virtuosos; aquellos en fin, que son escogidos y llamados por aquel Dios á cuya vista no hay grandes ni pequeños, nobles ni plebeyos, ricos ni pobres sino siervos útiles y trabajadores fieles en la viña del Señor. De la obscuridad de los Cláustros, de la soledad de los desiertos, de las Aldeas y Lugares, y de los pobres de

las ciudades se han visto siempre salir esos soles resplandecientes que han admirado al mundo por su doctrina, y han iluminado la tierra con sus luces. La religion de Jesucristo no funda su nobleza en la de sus ministros, sino que es ella la que los eleva y ennoblece. La Providencia es la que dirige los destinos, y ella fué la que hizo nacer en esta ciudad al eminente Prelado que lloramos (1)

Desde su infancia se le notó un deseo de saber tan extraordinario, que su entretenimiento no era otro que la lectura de libros útiles. El templo Catedral era casi su contínua habitacion, y su anhelo vehemente por el estado eclesiástico era conocido por cuantos le trataban. Este deseo le hizo ingresar en el servicio del Templo, y seguir en él una rigorosa escala desde la edad de siete años hasta su fallecimiento, y subió por grados desde Colegial Cantor de Santa Cruz hasta el Episcopado: circunstancia notabilísima, y que prueba cuán poderosa es la vocacion, cuando el hombre coopera eficazmente á los llamamientos de la gracia.

Ocupaba por aquel tiempo la Silla Magistral de esta Santa Iglesia un literato profundo y de fama Europea, el distinguido naturalista Dr. D. Antonio Cabrera. Con su natural perspicacia conoció en aquel jóven las señales de una verdadera vocacion, un ingenio profundo, un talento claro, y un entendimiento penetrante y sólido; descubrió sus dotes

(1) Nació en esta ciudad en 29 de Octubre de 1795.

oratorias, su facilidad en expresar las ideas, su elevacion de espíritu, y tomó bajo su egida la empresa de hacer resplandecer estas bellas dotes, con el fundamento de una sólida instruccion. Así lo hizo, y consiguió su objeto.

¡Ay! y con cuanto entusiasmo repetia nuestro Obispo el nombre del Magistral Cabrera, y cuántas señales le dió de su eterno agradecimiento! En su exaltacion al Episcopado recuerda su nombre, y uno de sus primeros cuidados fué perpetuar su memoria en la villa de Chiclana, su Patria, haciendo inscribir su nombre en la casa de su nacimiento, y distribuyendo entre los pobres cuantiosas limosnas, en honor de su inolvidable Maestro.

Educado nuestro Obispo en la escuela de tan insigne sabio fué el asombro de sus conciudadanos: sus pasos rápidos, como los de la luz, dejaron muy atrás á otros hombres, que brillaban en el púlpito y en las cátedras, y prontamente corrió la fama de su elocuencia por diferentes provincias, siendo ya célebre cuando acababa de recibir el Presbiterado. Habia cultivado con esmero la elocuencia en toda su estension; habia profundizado en la Filofía, analizando todos los sistemas antiguos y modernos; habia sobresalido en las ciencias sagradas; habia estudiado con fruto la del derecho; nada, nada se ocultaba ya á su vasta y profunda inteligencia. Aun recuerda la Universidad de Sevilla la voz elocuente del Doctor Arbolí, y el entusiasmo con que

lo recibió en su Cláustro de Teología, probó el aprecio que le mereció su literatura.

El Cabildo de esta Santa Iglesia le confiere una Prebenda de las destinadas á los naturales de esta ciudad, teniendo en cuenta su saber y sus virtudes, y desde entonces contó con un consejero que le ilustrase en las cuestiones mas difíciles. Estaba designado por Dios para ser el defensor de los derechos de esta Iglesia, y así es que dispuso, por caminos extraordinarios, que ocupase su Silla Doctoral, la que con tanto acierto, tanto fruto, y tanto honor desempeñó hasta su promocion al Episcopado.

La divina Providencia le constituyó defensor nato de los derechos de esta Iglesia, pues en los tiempos en que esto acontecia, se necesitaba de todo el valor, toda la ciencia, toda la irresistible lógica del Doctoral Arbolí para hacer triunfar sus sagrados derechos. En la defensa de ellos dió honor al Gobierno, é interpretó fielmente su intencion, aclarando la densa niebla que en el espíritu público habian esparcido las pasiones humanas. Echemos un velo á la historia de lo pasado, y fijemos nuestra especial atencion en el sabio, que nos ocupa, el que usando de argumentos indestructibles ante los Jueces y Magistrados, deslindó con mano firme el espíritu de la Ley desamortizadora de los bienes de la Iglesia, y consiguió convencer á los rectos Magistrados, que entendian en sus demandas, logran-

do fallos favorables, que el espíritu público oyó con admiracion; fallos que constituyeron como una nueva jurisprudencia, y que distintos Gobiernos sancionaron, resolviendo segun ellos diferentes reclamaciones. No olvidan los sabios jurisconsultos de Sevilla y Cádiz la valentía y elocuencia de los escritos del Doctoral Arbolí.

En medio de tan penosas y profundas tareas le vemos acometer otras empresas, que hubieran intimidado al varon mas esforzado y valiente. Poco era para él poseer las ciencias, si no las comunicaba á la juventud, y formaba nuevos hombres en una nueva sociedad. Veia con dolor que se introducia en nuestro suelo una Filosofía que tendia al materialismo, y otra multitud de sistemas de los que pululaban en Alemania, que marcaban el Pantheismo, y Racionalismo. ¡Extremos temibles, cuyas consecuencias lloraba este sabio y profundo Filósofo! Para evitar estos males se decide á componer un cuerpo de Filosofia, en el que separando todos los errores, y acomodándose á su siglo, pudiera la juventud librarse de beber aquel veneno, que necesariamente habia de causar la muerte de la sociedad.

Si yo hubiera de hacer aquí el análisis de sus Lecciones de Filosofía, y responder á los argumentos, que algunos de sus émulos han formulado contra ellas, me alejaria de mi objeto, y no tendria límites mi discurso. Me será suficiente decir, que

tan precioso libro ha servido de testo en casi todos los Institutos del Reino, y que la mayor parte de los hombres de saber, que hoy existen en España, conocen, aprecian, y celebran esta obra. Ella fué escrita para la juventud de esta ciudad.

La culta Cádiz concibió el grandioso proyecto de establecer en su recinto un Colegio modelo, que sirviese para formar en él una juventud sabia, á la par que cristiana. Con este fin no se perdonan medios, se ofrecen grandes capitales, se buscan los Maestros mas acreditados de todas partes, se establece en fin el famoso Colegio de San Felipe Neri bajo la direccion del literato mas célebre de España, del sabio sacerdote el Doctor D. Alberto Lista. Allí ocupó un lugar distinguido nuestro Obispo; para sus discípulos compuso sus Lecciones de Filosofía; el Colegio era su recreo; y en él invertia todo el tiempo que le quedaba vacante, despues de cumplir con su asistencia al Coro, y dirigir los graves negocios de este Cabildo.

Entretanto, y en medio de tantas ocupaciones, se le veia subido en esta Cátedra pronunciando discursos tan admirables, que muchas veces arrebataron á sus oyentes, los que ciertamente hubieran prorumpido en ruidosos aplausos, si la gravedad y el decoro debido al lugar santo no se los hubiera impedido. Tal era la fuerza de su raciocinio, tan incontestables sus argumentos, y presentados con tanta claridad, energía y elocuencia, que nunca

dejaron de producir efecto en sus oyentes. Tengo certeza de algunas conversiones obradas por la fuerza de su palabra. ¡Dichoso el Predicador Evangélico, que esparce su semilla en terreno fértil, y recoje su fruto!

Gobernaba por este tiempo esta Diócesis el virtuosísimo Obispo Excmo. Sr. D. Fr. Domingo de Silos Moreno, de imperecedera memoria, y reconociendo en nuestro Obispo las relevantes dotes, que le caracterizaban, lo llamó á sí, le encargó el Provisorato y Vicaría general, le encomendó el gobierno de la Diócesis, cuyo peso le fatigaba á causa de su ancianidad, y vivia tranquilo sobre esta materia, bien persuadido del acierto, ciencia y virtudes del que ocupaba su lugar, y que aun presagiaba habria de sucederle en el episcopado.

Yo me admiraba, señores, al ver desempeñar á un solo hombre tantos y tan difíciles cargos, llenando en todos cumplidamente su deber. Asistencia contínua al coro, enseñanza en el colegio de San Felipe, que dirigia, predicaciones contínuas, desempeño del Juzgado eclesiástico y Vicaría general, gobierno de la Diócesis, negocios y pleitos de su Cabildo, consultas particulares, y.... qué sé yo! Decidme ahora: ¿seria este algun hombre comun, de los que elogia el vulgo engañado por una vana hinchazon de palabras? No, señores: era un sabio y virtuoso sacerdote, un maestro consumado en todo género de literatura, que tenia su gloria en co-

municar sus conocimientos, sin guardar nada para sí, ni para su gloria particular, pudiéndose decir de él lo que se lee en el libro de la Sabiduría, «que lo que aprendió sin ficcion, lo comunicó sin envidia: *Quam sine fictione didici, sine invidia communico.*»

Tan relevantes dotes no podian permanecer por mucho tiempo sin premio, y un hombre tan eminente estaba llamado á gobernar en la Iglesia, y á ser su defensor en medio de los difíciles tiempos por que atravesamos. La Providencia lo habia escojido para este objeto, y sus decretos habian de tener cumplimiento. Nuestra piadosa Reina le presenta para el obispado de Guadix y Baza, y esta noticia turba su ánimo; vacila entre el deber, y la resistencia; se decide en fin á no aceptar tan delicado ministerio; pero las instancias del Gobierno, los consejos de varios Obispos, y el decidido empeño del Emmo. Sr. Cardenal Romo, Arzobispo de Sevilla, le inclinan á someterse á la voluntad divina, y le hacen aceptar el obispado. Este era el teatro en donde habia de hacer brillar sus profundos talentos y acreditadas virtudes.

Ved, pues, con cuanta razon os aseguraba, que como sacerdote cristiano, siendo muy sabio, enseñó al pueblo. *Cumque esset sapientissimus docuit populum.* Ahora paso á demostrar, que como Obispo católico defendió la religion con valentía, y con discursos muy rectos y llenos de verdad. *Quæsivit*

verba utilia et conscripsit sermones rectissimos et veritate plenos.

SEGUNDA PARTE.

Seria inoportuno recordaros en este dia de lágrimas aquel otro de júbilo, que esperimentó esta ciudad cuando vió á su ilustre hijo exaltado á la dignidad episcopal (1): se veia entonces este augusto templo ocupado por un pueblo que se gozaba en su elevacion, y que daba tantas muestras de regocijo, como hoy da de dolor y de sentimiento. ¡Oh inconstancia de las cosas humanas! Entonces veiamos esos altares vestidos de flores; hoy los vemos cubiertos de luto; entonces se entonaban cánticos de gloria; hoy se oyen lamentaciones y plegarias; entonces estaban vuestros rostros llenos de alegría; hoy se ven macilentos y marcados con la tristeza. Pero reprimid vuestro dolor, y suspended por un rato vuestras melancólicas meditaciones; fijad vuestra vista en el verdadero retrato de un obispo católico que llena su ministerio; continuemos el elogio del Excmo. Sr. Arbolí, y sentireis un verdadero consuelo.

Amante este con estremo de su honrada y numerosa familia, la que le correspondia y reveren-

(1) Dia 5 de Setiembre de 1852.

ciaba como á padre; unido á esta Iglesia con los vínculos del agradecimiento, y á los habitantes de esta ciudad con los de amistad fraternal, hizo uno de los mayores sacrificios en alejarse de todos para unirse á su Iglesia de Guadix; bien que, como él mismo aseguraba, todos quedaban grabados en su magnánimo corazon.

Aquella Iglesia y su diócesis habian de esperimentar sus beneficios, y ser regenerados é intruidos por un Pastor sabio, solícito de la salvacion de todos, y dispuesto á remediar todo género de necesidades. Yo me admiro al ver á un hombre tan sabio, á un ingenio tan perspicaz y penetrante, ejercer las funciones de su ministerio en las aldeas y pueblos pequeños de aquella diócesis, acomodándose á la capacidad de los ignorantes, despues de haber excedido la de los doctos. ¿Ni quién podrá dudar de sus dotes pastorales al considerar las muchas reformas que hizo en su obispado en el corto tiempo que le dirigió y gobernó?

Una de las pruebas mas convincentes de esta verdad, es el afectuso cariño que le profesaban aquellos fieles, manifestado en esta ocasion por el eficaz cuidado y solícita diligencia con que su actual dignísimo Obispo procuró saber del estado de su salud desde el momento en que llegó á su noticia y á la de aquella grey la grave enfermedad que le aquejaba, siendo notable el dolor y sentimiento de todos al saber su fallecimiento.

Pero el obispado de Guadix no era suficiente para contener los vuelos de su ajigantado espíritu, y la Divina Providencia, que siempre veló por esta ciudad y su Iglesia, dispuso que fuese el sucesor del Excmo. Sr. Moreno, de feliz recordacion. La muerte de este varon insigne habia abatido á los habitantes de esta ciudad; no creian pudiese repararse tan grave pérdida, ni reemplazarse con otro en el amor á su Iglesia, en sus desvelos por la completa edificacion de este templo, en su cuidado para con los pobres y enfermos, y en todas aquellas relevantes virtudes, que le merecieron ser perpetuada su memoria en el mármol y en el bronce; pero al saberse que el Excmo. Señor Arbolí habia de sucederle, cesaron los temores, se alegró la ciudad, y concibió la esperanza, que no ha sido defraudada, de que nada dejaria que desear, por cuanto reunia á su reputacion científica el amor á su Iglesia y á sus conciudadanos.

Recordemos aquel dichoso dia (1) en que acompañado de todo este pueblo hacia su entrada solemne en esta Santa Iglesia Catedral. El regocijo universal daba pruebas del afecto con que era recibido; pues este Cabildo recibia á un individuo de su seno formado en su Iglesia; el Excmo. Ayuntamiento á un compatricio á quien amaba; el pueblo en fin, á un hijo de la ciudad á quien siempre

(1) Tomó posesion en 20 de Marzo de 1854 é hizo su entrada solemne el 4 de Abril, dia de S. Isidoro Arzobispo de Sevilla.

habia respetado por su talento y virtudes. ¿Qué no deberian todos esperar?

Con efecto, señores; correspondió nuestro Obispo á nuestras esperanzas. Qué digo? excedió á nuestros deseos. Sus primeros cuidados fueron sembrar la buena semilla para recojer el fruto. Acostumbrado á la educacion de la juventud, fijó su vista sobre aquella Casa en la que habia recibido su educacion. Las circunstancias le eran favorables. Se habia de establecer un nuevo plan de estudios eclesiásticos á consecuencia de lo dispuesto en el último Concordato, que se planteaba en todas las diócesis de España; el Seminario, en fin, habia de regenerarse, y se habia de dar en él la mas estensa y sólida instruccion. No era nuestro Obispo ningun sabio de otros tiempos adherido á rancias máximas en aquellas ciencias que son susceptibles de progreso; conocia la utilidad de las matemáticas, las ventajas de la física é historia natural, la necesidad de los idiomas, y hacia en fin un verdadero aprecio de todos los conocimientos, asegurando que en el presente siglo todos eran convenientes al sacerdote, aun cuando su estudio preferente fuese el de las ciencias sagradas.

Bajo estas racionales ideas, podreis figuraros con cuanta perfeccion, con qué esquisito tino formaria el plan y reglamento de estudios de este Seminario, siendo suficiente leerlo, para convencerse de la profunda ciencia de nuestro Obispo. El Semi-

nario era la niña de sus ojos. Escojió maestros instruidos y celosos llamándolos de todas partes, y distinguiéndolos del modo mas honorífico; buscó con cuidado los gefes que debian rejir el establecimiento, para que fuesen el espejo de la juventud; celaba constantemente la enseñanza, asistia con puntualidad y constancia á los exámenes, premiaba á los jóvenes aventajados y despedia á los ignorantes é indóciles: llegó á formar una juventud ilustrada y virtuosa, y comenzaba á recojer el fruto de su constancia, cuando la muerte le arrebató de entre nosotros.

Su mayor celo consistió en desterrar la ignorancia del clero, tomando para ello las medidas mas acertadas; medidas, que si es verdad le proporcionaron disgustos y le grangearon descontentos, remediaron el mal, y curaron la herida que la calamidad de los tiempos habia abierto en esta Iglesia. Él mismo preside los sínodos, examina á los sacerdotes para persuadirse de su instruccion, aconseja á los poco estudiosos, alienta á los aplicados, premia á los sabios y suspende de su oficio á los ignorantes.

¡Con qué vigilancia examinó la ciencia y costumbres de los que aspiraban al sacerdocio! ¡Qué pruebas tan convincentes exijia para conocer la verdadera vocacion? Nada le importaba la maledicencia del mundo, ni mucho menos las quejas de la la falsa piedad; solo escuchaba la poderosa voz del Apóstol: *Manus citó nemini impossueris. Ministerium tuum imple:* llena tu ministerio.

Para llenarle debidamente visita su diócesis, predica con constancia en todos sus pueblos, reforma las costumbres, corrije abusos, consuela á los pobres y enfermos, y provee de párrocos algunas pequeñas aldeas, que carecian de pasto espiritual. El ministerio parroquial causaba sus mayores desvelos, y escojió para su desempeño en diferentes poblaciones, á los sacerdotes mas notables y mas dignos por su saber y sus virtudes. Todo parece renovarse, y todo adquiere el carácter de su Prelado.

Sus palabras fuertes siempre y enérgicas contra el vicio, se convierten en suaves y agradables cuando las dirigia á la virtud y á la indigencia. ¡Qué cuidado para con los pobres! ¡qué vigilancia para con los enfermos refugiados en los hospitales de su Patronato! Su caritativo y virtuoso antecesor, el Excmo. Sr. Moreno, habia elevado á una grande altura el Hospital de mujeres de esta ciudad, y nuestro Obispo continuando el mismo régimen, y aun introduciendo aquellas mejoras que el tiempo hace necesarias, pudo gloriarse de que este asilo de los enfermos confiados á su vigilancia sea el modelo de casas de caridad y de beneficencia. Pero en donde mas se hace notar su desvelo en beneficio de los pobres, es en el otro hospital de su Patronato establecido en la ciudad de San Fernando, y el que resucitó, por decirlo así, elevándolo á la clase de los mas célebres y notables por su especial aseo, sus estraordinarias comodidades, su asistencia es-

merada; por el celo en fin del digno Arcipreste de aquella ciudad encargado por nuestro Obispo para llevar á cabo tan santa empresa, y por lo que ha merecido bien de su pueblo y de su Pastor.

Recordemos, señores, (1) aquellos dias tristes, en que afiijida nuestra ciudad del terrible azote del cólera-morbo, se veian multitud de niños desamparados y hambrientos á la vista de los cadáveres de sus padres. Tan aflictivo y tierno espectáculo conmovió las entrañas de nuestro Obispo, y á su costa funda un asilo (2) especial para ellos, en el que les dió una esmerada educacion, llegando á formar jóvenes útiles para sí y para su patria, sin retirarles su proteccion aun despues de colocados en destinos honrosos y útiles. Aun costeaba la educacion y alimentos de algunos al tiempo de su muerte. Esta idea de caridad le hizo establecer las Conferencias de San Vicente de Paul, que tantos frutos han producido; y la Asociacion de Hijas de la Inmaculada Concepcion de María que desterrando la ignorancia, enjugando muchas lágrimas, y socorriendo muchas necesidades se han grangeado el aprecio público.

Su caridad se estiende á la parte mas noble de esta virtud. Cuidaba, sí, de proporcionar el alimento á los cuerpos, pero se esforzaba en que abundase el pasto del alma. A este fin establece la Congregacion de San Felipe Neri, en la que reune obreros

(1) Setiembre de 1854.
(2) En el convento de Santo Domingo.

evangélicos, cuyos frutos y desvelos conocen aun los mas indiferentes á la piedad. Él mismo se constituye el principal obrero; y si como sacerdote llenaba cumplidamente su ministerio, como obispo desplegó todo su celo, toda su energía para alcanzar el bien de las almas.

¡Cuántas veces, señores, le vimos desde este sitio predicar al pueblo padeciendo la enfermedad que le ha conducido al sepulcro! ¡qué valentía en sus palabras! ¡qué claridad en sus ideas! ¡qué lógica tan irresistible en sus discursos! Vosotros que tan constantemente concurríais á oirle, decidme: ¿qué os movia á no perder ninguno de sus discursos? Os movia el escuchar la verdad; esa verdad, que por mas que hiera nuestro amor propio, y la detesten nuestras pasiones, siempre agrada, siempre conmueve, y con especialidad, si se enuncia por una voz autorizada y elocuente, que recrea á la par que convence. Su lenguaje era naturalmente escojido, sus palabras enérgicas y agenas de toda contemporizacion. *Verba utilia.* Atacaba al vicio presentándolo con todos sus horrores y consecuencias; elogiaba la virtud adornándola con todas las galas que la embellecen, y probaba el dogma con la misma robustez de argumentos, que lo hacian en otro tiempo los Ambrosios y los Agustinos. Vosotros mismos confesais, que se remontó á la altura de los oradores sagrados mas famosos; que poseia el don de la palabra; y que reunia á su uncion divina la mas profunda erudicion sagrada.

Su autorizada voz no se estendia solamente al ámbito de este templo, sino que la hacia oir en toda su diócesis, en toda España, en todo el mundo católico. Sus famosas Pastorales lo dieron á conocer en el mundo, y los literatos mas célebres, los sabios mas famosos y teólogos mas profundos las han apreciado en su justo valor, prodigándoles los mayores elogios. En ellas, á la par que la elocuencia, resplandecen la rectitud y la verdad; y la valentía de sus palabras revelan la disposicion de su ánimo de estar pronto á sufrir en defensa de aquella todos los embates de las furias y de las pasiones humanas. *Conscripsit sermones rectissimos et veritate plenos*.

Nuestro sabio Gobierno, que aprecia y distingue el mérito aun en medio de los trastornos de la política, reconoce el muy distinguido de nuestro Obispo, y le nombra Senador del reino, ofreciéndole además el Arzobispado de Burgos. Pero no temamos. El verdadero sabio no desea honores, ni aspira á las mas elevadas posiciones; el verdadero patricio no abandona su cuna, ni á los compañeros de su infancia; el verdadero pastor no deja sus ovejas para tomar otras desconocidas. ¿Y podrán negársele á nuestro Obispo tan excelentes cualidades? No, señores. No dejará la Iglesia en la que se formó; no disgustará á sus conciudadanos, á quienes ama; no desamparará ni por un instante aquellas ovejas que oyen su voz y le siguen. Re-

nuncia el arzobispado que se le ofrece, y se consagra al engrandecimiento de este templo, en el que debia ser sepultado.

Elogiaba yo en otro tiempo, y en este mismo lugar el amor que habia profesado á esta Iglesia el Excmo. é Illmo. Sr. D. Fr. Domingo de Silos Moreno, que en tiempos muy difíciles acometió la ardua empresa de continuar la obra de este insigne templo, habiendo logrado consagrarlo al culto del Señor á fuerza de sacrificios y trabajos. Pero aun quedaban otras obras tan necesarias como su construccion para dar á Dios el culto debido, como correspondia al decoro de un templo-catedral. Estas obras estaban reservadas para nuestro Obispo, el que vió acabadas unas, y dejó planteadas otras. Obras importantísimas, que harán célebre su nombre, y por las que merecerá que esta ciudad, entusiasta por los adelantos de su catedral, le conserve en perpétua memoria.

Ese magnífico coro, que aunque procedente de la Cartuja de Sevilla, restauró y aumentó valiéndose de los mas hábiles artistas; ese famoso órgano, de construccion española; estos púlpitos, admiracion del arte; la conclusion de una de las torres de este templo; todo es debido á la solicitud de nuestro Obispo y piedad de los gaditanos. El nuevo tabernáculo, que ha de poner fin á esta grandiosa obra, se emprende en la actualidad á impulso de los deseos de nuestro Obispo y espléndida generosi-

dad de nuestra piadosa Reina. La única pena que le aflijia, al verse precisado á dejar este mundo, era la de no ver acabada esta obra, y planteadas otras que habia concebido para el mayor engrandecimiento del templo.

Pero así lo dispusísteis, oh Dios mio! Nos lo arrebatásteis cuando lo creiamos mas necesario. Respetemos humildes sus sabios y eternos designios. La mano del Señor le hiere de muerte, y aquella enfermedad habitual, que habia adquirido por sus constantes trabajos, sus penosas tareas y continuado estudio, se presenta de nuevo, se aumenta, resiste á todo medicamento, se hace mortal.

Ay! ¿quién podrá con ojos enjutos referir los acontecimientos de su larga y penosa agonía? Pero sobrepongamos la admiracion al dolor, mientras le consideramos en el acto de recibir el Sagrado Viático, rodeado de este Cabildo. Sustentado con el pan de los Angeles, y animado como si estuviese en su mejor estado de salud, pronuncia un elocuente discurso, que arrancó lágrimas á cuantos presenciamos tan tierno y edificante espectáculo. «Amados hermanos, nos decia entre otras cosas; el hombre enemigo intenta sembrar la cizaña en esta grey; os anuncio la existencia en esta ciudad de algunos propagandistas protestantes, los que aun permanecen entre nosotros, á pesar de las serias medidas que he tomado para ahuyentarlos. Sea, pues, vuestro mayor cuidado velar por la sana doctrina y la

integridad de la fé; os hago encargo muy especial sobre esta materia.» Despues pidió humildemente perdon de cuantas ofensas pudiera habernos causado; «no por mi voluntad, decia, porque á todos os amo en Jesucristo, sino por efecto de mi fogoso genio.»

¡Oh espectáculo mas propio para sentirlo que para espresarlo! El Pastor humillado ante sus ovejas; el hombre grande hecho el pequeñuelo. ¡Oh muerte, y como con solo anunciarte haces variar las escenas de la vida! Nuestro Obispo cumplia aquí con un deber cristiano; pues sabia, que solo el que se humilla será exaltado; y que es preciso, segun la sentencia de Jesucristo, hacerse párvulo para entrar en el reino de los cielos. Acabado su patético discurso nos bendijo á todos, se despidió de cada uno, llamándolos por sus nombres, y tranquilo en su agonía, ponia su confianza en el Señor. Ni una sola queja, ni una sola palabra, de las que acostumbra emplear el dolor, salió de sus labios. Como otro Job bendecia al Señor en medio de sus dolores, y á ejemplo de Jesucristo se abrazaba tiernamente con la cruz. La cruz habia sido su consuelo durante su vida, y ahora es en su último trance su único consuelo y esperanza. Abrazado con ella desea, como otro Pablo, disolverse para habitar con Cristo; á ella en fin, próximo á exhalar su espíritu, dirije sus últimas palabras; muere con ella entre sus brazos. (1)

(1) Falleció el 1.° de Febrero de 1863.

¡Oh cruz, puerta del cielo! Abrelas para recibir el alma de un apóstol de Jesucristo, que caminó por tu escala desde su infancia hasta su muerte. Abrelas para premiar á aquel sabio, segun tus máximas, que enseñó al pueblo, que no guardó consideraciones á la vanidad del mundo, y que ha escrito discursos rectísimos y llenos de verdad. Abrelas, en fin, para que se siente en el gremio de los doctores, y reciba el fruto de sus constantes desvelos sobre la tierra.

Así debemos esperarlo, oh Dios mio! pero como habeis dicho, que nada manchado puede entrar en el reino de los cielos; si como hombre frágil y miserable ha dejado alguna mancha en una vida tan laboriosa y cristiana, purificadle por la sangre de vuestro Hijo. Vos mismo le habeis conducido por los caminos de la verdad y de la justicia; y debemos esperar, que le llameis para gozar sin fin de vuestro amor y de vuestra gloria.

Ea pues, vosotros, los que regábais su tumba con vuestro llanto; los que por amor ó agradecimiento lamentábais su pérdida; unid vuestras súplicas á las que hoy hace esta Iglesia, y roguemos al Señor de las misericordias, que conceda el eterno descanso que tiene prometido á sus escogidos, al alma del *Excmo. é Illmo, Sr. Dr. D. Juan José Arbolí y Acaso, Obispo de Cádiz y Algeciras.*

R. I. P. A.